bajo·la·mis ma·sombra

SE PUBLICAN POESIAS DE:

MAGRI
CAJARAVILLE
MOLOSOLI
CUADRI
CASAS ARAUJO

Reproducción fascimilar de la carátula y ex-libris de la primera edición de 1925.

Para M. Benedetto
Con afecto —

Bajo la misma sombra

OTOÑALES
... por José María Cajaraville

BALBUCEOS
por Juan José Morosoli

MADRESELVAS
por Guillermo Cuadri

VOZ DE SOLEDAD
por Julio Casa Araújo

VERSOS SIMPLES
Por Valeriano Magri

EDICIONES de la CASA de la CULTURA
Minas — Uruguay, 1966

40 años después

Al cumplirse 40 años de editado el volúmen de versos que cinco poetas minuanos pusieron bajo el título unitivo de "Bajo la misma sombra", se realizaron en Minas diversos actos valorativos de aquella empresa. Ubicatorios, además, de sus protagonistas.

La Casa de la Cultura recoge la iniciativa de una reedición, que tomó estado público como aspiración que tendía a documentar un hecho nada común. "Bajo la misma sombra" fué, en efecto, un impacto en el ambiente literario de la época y así lo testimonian diarios y publicaciones especializadas.

Suele encontrarse algún ejemplar de la edición de 1925, casi como curiosidad, en manos de bibliófilos o minuanos viejos. Las nuevas generaciones tienen idea aproximada y nebulosa de un hecho estético que mantiene su vigencia. Y está, ahora, enriquecido con el prestigio del tiempo y su melancólica perspectiva.

"Bajo la misma sombra" reunió a cinco autores desparejos. Desparejo en la edad, en el temperamento, en la cultura, en las ideas políticas —manifiestas o yacentes— en las ocupaciones. Magri, Casas Araújo, Cuadri, Cajaraville y Morosoli vivieron tiempos polémicos, de machacar duro en las calles, en las tribunas partidarias, en los diarios. La sombra que los cobijó, la sombra unánime de ese núcleo proteico fué un periódico nacionalista. Allí discutieron, pensaron, publicaron versos, narraciones, comentarios sobre libros. Allí comprendieron que la sombra era caliente e invitadora. Entre el olor a tinta de "El Departamento" y las ruedas del café Suizo —con aires de atenco pueblerino— se hicieron a la urgencia de la tarea indelegable.

"Bajo la misma sombra" resultó algo más que un hecho lugareño. Trascendió el collar de los cerros para fijarse como acontecimiento extra regional. Alberto Zum Felde saludó esa aparición con entusiasmo, en amplias crónicas montevideanas. "Ya puede Minas estar orgullosa —decía— de su cosecha lírica, como nosotros estamos alborozados por el advenimiento. Ya cuenta el Uruguay con nuevos valores positivos en el campo fecundo de su poesía, quizá el más rico de América; y ya cuenta también con una ciudad consagrada por la poesía, en la cual, no obstante todo, sus encantos y sus progresos, lo que más valga quizás sea esta constelación de poetas"

"La Prensa", de Buenos Aires, en tres columnas macizas y a grandes titulares, analizó, separada y prolijamente, las cinco partes de "Bajo la misma sombra". "Estos cinco poetas —decía— son

de una ciudad de no muy nutrida población: Minas, en la República Oriental del Uruguay. Y lo mas sorprendente del caso es que se encuentran todos tan hermanados, tan unidos, tan exentos de orgullos y de celos que no han tenido inconveniente en lanzar un libro a la publicidad compuesto con trabajos de los cinco, trabajos poco más o menos de la misma índole, aunque exista entre ellos la marcada diferencia que establece la distinta personalidad".

Enrique Rodríguez Fabregat —crítico de "La Razón", después Ministro de Instrucción Pública y diplomático— decía en período de largo comentario: "Y el libro habla, por otra parte, de un hondo sentido regional, que no es a veces, como en este caso, estrechez de ideas y de conceptos frente a la vasta extensión de la tierra donde crece sin cesar el rumoroso harvor de los enjambres de pueblos. Muy al contrario. Ellos se han encerrado en sí mismos, y luego del bello soñar, salieron por una ruta silenciosa a enhebrar el tierno decir en la amplia y augusta majestad de la Naturaleza. Porque no podemos apartar por un instante siquiera a los poetas de Minas de la propia ciudad, llena de sugestiones y nostalgias, acurrucada en su refugio íntimo tras la agreste sucesión de cerros que la circundan y la guardan".

"Bajo la misma sombra", como hecho en sí y como testimonio de un tiempo, tiene derecho a la proyección que le concede la Casa de la Cultura. Y quienes han hecho posible el resultado editorial de hoy —el Ministro de Instrucción Pública, los gobernantes municipales de Lavalleja, los amigos y familiares de los poetas— deben ser señalados como instrumentos definitivos de esta realización. Por lo que han aportado y por lo que han comprendido.

SANTIAGO DOSSETTI

Minas, 1966

BREVE NOTICIA SOBRE LOS AUTORES

Morosoli, Juan José.—Nació en Minas el 19 de enero de 1899. Murió en su ciudad natal el 29 de diciembre de 1957. — Es el resultado mayor de la aventura editorial de 1925, cumplida con "Bajo la misma sombra". — Cronológicamente ubicadas sus obras tienen el orden siguiente: "Balbuceos", versos (1925); "Los juegos", versos (1928), "Hombres", cuentos, (1932), "Los albañiles de los Tapes", cuentos (1936), "Hombres y mujeres", cuentos, (1944), "Perico", estampas para niños (1947), "Muchachos", novela (1950), "Vivientes", cuentos, (1953); "Tierra y tiempo", cuentos, selección realizada por el autor y aparecida después de su muerte.

Casas Araújo, Julio.—Nació en Casupá, 4ª sección de Minas, el 7 de julio de 1896. Publicó "El misal de las súplicas", versos, en 1918; colaboró en "Bajo la misma sombra" en 1925, y después (1928) dió a la estampa "Elogio de la primera estrella", poemas. Atraído por la actividad política fue Diputado por su Departamento natal y ejerció esporádicamente el periodismo. Fue Consejero de Enseñanza Primaria y Normal. Designado Embajador, ejerció sus cometidos en Ecuador, Cuba y España. En este último destino se retiró por límite de edad en la función diplomática (70 años) y regresó a Minas. Es el único sobreviviente del grupo que suscribió "Bajo la misma sombra".

Cuadri, Guillermo.—Nació en Minas el 12 de enero de 1884 y murió en la misma ciudad el 1º de octubre de 1953. — En 1926 editó "El agregao", volúmen de versos gauchescos, con el seudónimo de "Santos Garrido". Es su obra mayor, de la que se han tirado numerosas ediciones. En 1938 publicó "Leyendas minuanas", colección de narraciones breves sobre hechos naturales y sobrenaturales. Funcionario, primero, y jefe después, actuó varios años en la Caja de Jubilaciones de Industria y comercio. Retirado de la actividad pública, entregó eficiente y generosa colaboración al Museo de la Ciudad de la Casa de la Cultura. Sentía profunda devoción por las gentes y las cosas del Minas viejo.

Cajaraville, José María.— Nació el 13 de diciembre de 1888 en Coruña, España. Vino a los 8 años al Uruguay. Falleció en Minas el 4 de marzo de 1932. Tenía familiares en Zapicán. Allí fue a la Escuela. En "El Criollo", periódico minuano, que apareció entre los dos siglos, se registran composiciones escolares suyas. Ingresó muy joven a la policía como escribiente. Vino a Minas, por vía de ascenso y aquí encontró cauces para su vocación, que era la de periodista. Fué director de "Tribuna minuana" (1916), "Rumbos" (1926), de la página literaria de "La Idea" (1917). — Colaboró asiduamente en los periódicos "La voz de Minas" (1915), "La Luz" (1915), "La Unión" (1916) y "El Departamento" (1922). Publicó "Matices", volúmen de versos, en 1919 y en 1925 suscribió, conjuntamente con Cuadri, Casas, Magri y Morosoli, "Bajo la misma sombra". Pasa por ser el promotor de la idea editorial y su más obstinado propulsor.

Magri, Valeriano.— Nació el 28 de octubre de 1897 en Minas. Falleció el 20 de julio de 1963 en Malvín, Montevideo. Publicó "Cambiantes", volúmen de versos en métrica libre, en 1916. Fue a Montevideo a estudiar medicina, sin perder contacto con el grupo que "plumeaba" en la ciudad serrana: Casas Araújo, Benavente, Cajaraville, Morosoli, Cuadri. En 1926 obtuvo el título de médico y se dedicó a la tisiología. Colaboró en revistas científicas. Publicó "La tisiología práctica", en colaboración con el Dr. Rodolfo Almeida Pintos. Y algún otro libro del mismo carácter. Por la década del 50 dió por terminado un libro que titulaba "Los costeros", muestrario de gente humilde y diversa que había conocido en sus largas andanzas por ríos y playas del país. "Creo sinceramente —dice su hermano José Magri— que siguió tras el rumbo de Morosoli, en la estilística y en la necesidad de comprender a las gentes humildes". No editó "Los costeros" y destruyó lo escrito. Que, valga el testimonio de Casas Araújo, era muy bueno.

Bajo la misma sombra

Bajo la misma sombra... bajo el mismo cielo —cielo minuano limitado por los cerros de Verdún, de Lavalleja, del Campanero... y del enorme Artequito,— damos estas páginas de nuestra emoción...

Es este el libro de nuestra vida cordial...; él cuenta cómo son nuestras horas; él dice cómo estamos llenos de esta paz que es de las noches, del día, de los palenques de nube...

Algunas veces nos reunimos en los lugares familiares y nos damos a la hora con una espontánea sencillez de agua... Aquí están los momentos que suponemos mejores. Para nosotros este libro es un símbolo. Como en la vida estamos en él. Para el que nos lea deseamos que sea como una sombra de árbol, sugeridor y fresco ...

Y no deseamos más.

JOSE MARIA CAJARAVILLE

Otoñales

(POESIAS)

Otoñales

En las tardes de otoño, con cruel monotonía,
se agrava la insistencia de mi melancolía.
No rehuyo a su garra,—falta de voluntad,—
y soy presa consciente de su fatalidad.

Se aunan a mi espíritu, hondas y fraternales,
las tardes otoñales.
Mensajeras de hastío, vierten su pesadumbre
con la gris mansedumbre
de su opaca llovizna, pertinaz y silente.

Posan sobre mi frente
las sombras del recuerdo. Y me pesa el dolor,
que tiene a mi alma enferma por un lejano amor...

Van errante las hojas, secas, amarillentas:
las víctimas del cierzo de las manos violentas.
Sentimos claramente el monótono son
de la vieja canción
inmortal;
la canción otoñal
que hirió el corazón
del alto y divino maestro Verlaine

¡que hizo tanto bien!

Del árbol, nos apena la desnuda tristeza
Sin tanto, el alma reza
nuevamente, en silencio, la divina canción
la doliente oración
por la hoja perdida,
—que va cual nuestra vida—
incierta y errabunda,
marchita y dolorida;
transida
de vagar,
de ensoñar:
¡de auscultar los destinos,
con la carga del polvo de todos los caminos!

—oOo—

Siento quedar lejana aquella juventud,
que afiebró los instantes de mi fuerte inquietud!
¡Con la muerte doliente de mi viejo optimismo,
el otoño me trae su fatal pesimismo!
Sus sombras de tristeza quiero en vano ahuyentar!
Imperiosas y altivas, no las puedo alejar!
Sin consuelo tal vez, debo mi ayer llorar,
si otra primavera no me es dable alcanzar.

¡Mujer! ¡Bien sabes tú, de aquél mi afán amante,
cuando quise, en un rapto, —que llamaste galante,—
deponer a tus pies, —amoroso ofrendarte,—
los años que, a tí, ¡vida! pudiera ¡yo robarte!

¡Oh, hermanos!
Anhelaba brindaros mi canción optimista...
Y he aquí,
que es mejor que no insista:
¡¡El otoño me entrega su cantar fatalista!

En memoria

A posteriori
Vivit sub péctore vulnus

"Las muchas aguas no podrán apagar
el amor, ni lo ahogarán los ríos".

(CANTAR DE LOS CANTARES)

Salomón

Ya no soy...

Ya no soy poeta romántico...
Ya no le canto a la luna!
¡las cosas del corazón
me interesan más que el cielo!

Vivo apegado a la tierra
y a ella se adhieren mis plantas,
¡el dolor tronchó mis alas
y no puedo alzar el vuelo!

Soy cada día más humano,
soy cada vez más sencillo:
¡ya no se inflama mi estro
con paisajes objetivos!

Por una pena muy honda
llevo el corazón sangrando;
¡miro paisajes internos
y está brumosa mi alma!

Ya no persigo la gloria
ni me afano por hallarla;
sólo ansío claridad
¡y tengo en sombras el alma!

¡Cómo sangra el corazón
obstinado en recordarla!
¡ansío ser puro y claro
y ella ensombrece mi canto!

Ya no soy poeta romántico...
Ya no le canto a la luna!
¡Las cosas del corazón
me interesan más que el cielo!

¿Habrá muerto?...

¿Habrá muerto el recuerdo? ¿Habráse hundido todo?
¡Es que para eso somos hechos de arcilla y lodo,
y lodo hay en el fondo de nuestros corazones,
víctimas agitadas de mil contradicciones!

Naufraga en el crepúsculo el esplendor del día...
¡La sombra traicionera se llevó la armonía!
Vaga en la sombra el eco de misterioso arrullo...
¡el recuerdo de un beso, de un celestial murmullo!...

Bendito sea el olvido! El loco aturdimiento
que en muchas veces hace morir un sentimiento!...
Queremos y olvidamos; nos duele el corazón;
sufrimos y gozamos, sin saber la razón!

Tuve un amor...

Tuve un amor un día
que me amargó la vida,
que fue sueño y quimera
y que fué realidad...

Cuando estuvo en mis brazos,
mi torpeza fue tanta,
que no supe apresarlo
¡por una eternidad!

Por todos los caminos
él fué mi compañero;
por todos los senderos
él fué mi lazarillo...
Y lo llevé conmigo
y fuimos de la mano...
¡Y fué mi carcelero!

Fué mi mayor ensueño,
fué mi mayor delirio;
¡fué mi mayor tormento,
fué mi mayor locura!

¡Puso en todas mis horas
un poco de tristeza;
puso en todas mis copas
un poco de amargura!

.....

Y en ese amor quimera
que me amargó la vida
¡aún sueño todavía!...

!Quererte!

¿Te hice algún daño?
¿por qué me persigues
con esa insistencia?
¿por qué no te apartas
de mi mal sendero
y me dejas libre,
tranquila la mente?
¡Quererte! ¡quererte!
¡Eso es todo el daño
que he podido hacerte!

Soñar como un loco,
un sueño imposible;
querer como un ciego
que ansía la luz,
¡fué como te quise!
y alcancé la cruz
de este cruel martirio
que no tiene fin!

¡Quererte!... ¡quererte!
¡Eso ha sido el daño
que he podido hacerte!
¡Y que mal me pagas!
Llevo tu recuerdo

clavado, aquí adentro...
¡No puedo arrancarlo!
¡Llevo tu recuerdo
como una cadena
prendida a mis pies!

Me pesa el andar,
se ata a mi garganta;
ahoga mi palabra,
enturbia mi frente.

¡Me pesa el andar!
Asoma a mi rostro
como un cruel estigma!
¡no puedo ocultarlo!

Amargas mis días,
enturbias mi vida,
¡todo por quererte!
¡Ese ha sido el daño
que he podido hacerte!

¡Y qué mal me pagas!
¡Llevo tu recuerdo
como una anatema!
¡Llevo tu recuerdo
como una cadena!
¡no puedo arrancarlo!
Llevo tu recuerdo
clavado, aquí adentro!...

¡Sólo su mano querida!

¡Se vá penando... penando...
mi abatido corazón!
—¡La pena lo está matando!—
¡Muere sangrando... sangrando!...

Va un ensueño acariciando
y llorando una ilusión...
¡pero se muere sangrando...
¡La pena lo está matando!...

Sólo su mano querida,
—de suavidades de rosa,—
puede restañar la herida...
¡y devolverle la vida!

Sea su mano cordial,
la que traiga una terneza!
¡sea exquisita y leal
para su ensueño ideal!

Sólo su mano querida,
—¡que aún si desgarra ilusiona!—
podría curar la herida!...
¡Sólo su mano querida!...

Lo que no dijeron

"Mucho de mi te han hablado..."
HEINE

Mucho de mí te han contado...
y no lo dijeron todo!
Me juzgaron... a su modo
¡y todo fue equivocado!

Te han dicho que una barrera
nos separaba a los dos
¡sin saber cuál ella era
para almas que van en pos!

Obstáculos no faltaban
que me apartaran de tí;
si alguna cosa callaban,
no la sabían de mí.

Y sólo fué lo peor
lo que de mí te dijeron;
olvidaron lo mejor...
¡Tal vez no lo supusieron!

Citaron mis aventuras:
—"Tiene algo de poeta y loco"
Mentaron mis desventuras
¡y aún te dijeron poco!

Mucho sé que te han hablado,
Quizá con afán sincero;
pero lo que no han contado,
es cuanto ¡y cómo te quiero!...

Esas páginas de amor...

¡Esas páginas de amor
que no escribiremos más!
¡que se llevaron el alma
de toda nuestra ilusión!

¡Las que trazamos a escape
en un rincón del café,
mientras la orquesta indolente
nos acunaba el dolor!

¡La que escribimos febriles
en una noche imborrable!
¡noche de pena más negra
que los negros ojos de ella!

¡Página de amor, amarga
como las aguas del mar!
¡en ella vibraba un grito
de formidable pasión!

¡Aquella de despedida,
que anudaba la garganta,
trazamos con ojos turbios
y estrujando el corazón!

¡Páginas que se llevaron
nuestro espíritu infantil!
¡También con ellas se fué
la flor de la juventud!

¡Oh, esas páginas amantes,
desesperadas, ardientes!
¡Tal vez con igual fervor,
no las trazaremos más!

¡Escépticos y amargados,
faltos de fé y esperanza!
¡Ya no escribiremos nunca,
otras páginas de amor!

Yo no podré olvidarte

¿No volveré a encontrarte, otra vez, en mi vida?
¿No volveré a estrecharte nuevamente en mis brazos?
¿No atarán de nuevo aquellos fuertes lazos
de pasión y locura de nuestra hora florida?

Y después... ¡para qué, ese afán de encontrarte!
Tú no serás la misma... ¡habrás cambiado tánto!
¡Tampoco seré el mismo que idealizó el encanto
de poseer la ventura inefable de amarte!

Y entre esas desazones y esas dudas me pierdo;
pues a veces mi anhelo se esfuerza por hallarte,
y a veces mi dolor pugna por olvidarte
¡sin lograr que se amengüe tu perenne recuerdo!

Cantos Sintéticos

Concisión

Haz un ahorro de las frases hueras;
evita lo ampuloso.

No vistas a tu verso de oropeles,
¡ni de seda le vistas!
¡Déjale desnuda su belleza!
Desnuda está la estrella,
lo mismo que la estatua,
y en su desnudez canta lo bello!

Procura ser sencillo y fuerte
y haya en tu sencillez mucha hermosura!

Poda en tu verso la palabra inútil
¡y llénalo de ideas!

Normas

Olvida las escuelas y las normas,
y deja en libertad tu pensamiento.

¡Sería locura uniformar los Andes,
nivelando sus picos!
¡Absurdo es pretender con una valla
oponer dique al turbulento océano!

Eleva tu ensoñar;
hazlo humano y profundo
¡y deja en libertad tu pensamiento!

Niebla

Luces amarillentas; círculos alargados; humedad.
La neblina ha invadido la ciudad.

Como un tul opaco y vaporoso
envuelve los objetos deformados,
y andando a tropezones, vamos como extraviados.
A veces percibimos, sensación de vacío;
marchamos, como planetas desorbitados.

Yo pienso ahora:
En los buques que van por el mar,
y en el hombre, que en el campo,
vaga esta noche, perdido, al azar.

¿Y Caperucita no andará en el bosque?
¿y con esta bruma no se habrá perdido?
¡El terrible lobo se la habrá comido!

—oOcOcOo—

¡También entre la niebla de la duda,
vamos así por la vida,
con el alma extraviada,
con la ruta perdida!

Pesimismo

Yo no quiero contagiar mi tristeza,
ni el daño de esta pena
que no puedo matar...

Por eso, mis hermanos,
—si comprendéis mi afán,—
perdonad que me calle,
perdonad que me guarde
la canción que iba a dar...

El estro vario

Esa música...

Como nosotros, ambula el pensamiento
en el silencio de las calles desiertas.
¡Hay una desolación abrumadora
en aquella honda soledad nocturna!
Es un vagar sin tino...

De pronto, unas notas musicales,
errabundas, dispersas;
como un eco lejano,
muy suave y melancólico,
hacia nosotros llega...

¡Oh, música lejana, cuyo son,
se internó en el tenebroso fondo
de nuestros pensamientos
y fué como una mágica
y eléctrica corriente,
que llegando de súbito a nuestro corazón,
enérgicamente lo hizo palpitar!

Miramos extrañados a nuestro alrededor,
y todo...
el silencio, el pensamiento, el alma...
todo se llenó de recuerdos!...

Caminos

V

¡Caminos!...
con salubres aromas,
Caminos que dáis al mar,
con un ronco bramar...

Caminos polvorientos,
polvorientos caminos
como un largo anhelar...
Caminos tortuosos,
como a viejos leprosos
se os debe abandonar.

Caminos del ensueño,
caminos del amor,
caminos del dolor.

Sudorosos romeros,
peregrinos que caminais sin tino
por todos los senderos;
romeros de la vida
con el alma transida,
¡sabéis a qué camino
os conduce el destino?
—Camino de la muerte!
Camino al que muy presto
es forzoso llegar.
Camino a cuyo término
cesa todo anhelar!

Vencido

He sido
en la vida
un Sansón vencido,
y en castigo,
uncido;
—en fatal tormento, —
a la noria altiva
de mi pensamiento.

Uncido
doy vueltas,
doy vueltas...
vencido...
Y mi pensamiento
aún luce más alto,
y vuela y fulgura
más alto, más alto...

Y nacen las rosas
y crecen las rosas
de mi sentimiento!

Robusto Sembrador...

Yo quisiera tener un brazo fuerte...
ser un gran sembrador;
ser un robusto sembrador paciente
con incansable brazo generoso...
¡Atleta sembrador,
con un enorme brazo musculoso
de amplia mano cargada de simiente!
¡Un brazo promisor
nervudo brazo que en abierta guerra
con toda mezquindad,
¡fuera sembrando el Bien sobre la tierra!
¡Yo quisiera tener un brazo fuerte!
¡Olvidar la maldad del hermano,
y con afán humano,
ir sembrando, incansable y dadivoso!
¡Yo quisiera tener un brazo fuerte!...
¡Tenderlo inmensamente,
de Oriente hasta Occidente!
Y sobre el sureo generoso abierto
¡la simiente del Bien ir arrojando!

La poesía de los números

No me deleita el cálculo de distancias ni límites,
ni ducho soy siquiera en medir superficies,
ni en extraer raíces
de cualquier cantidad.
No siento encanto alguno
en contar las monedas que pudiera ganar;
ni el menor interés me mueve a calcular
el dinero que pudiera gastar.
No quiero tampoco pensar,
¡en el tiempo
que he perdido en soñar!
Casi siempre mis cálculos parten de base falsa.
He querido medir el infinito
del amor y el placer.
Mi deleite ha tentado poder contar los besos
de labios de mujer,
e ir sumando las horas
de las quinientas noches
de mucho más de un año
de amor y de placer!

¡Poesía de los números!
¡Yo quisiera contar
los latidos del corazón amante,
e ir sumando caricias
y aumentando deleites!
Yo, con fruición quisiera
multiplicar la dicha,
e ir restándole horas
al pesar y al dolor!
Me ha tentado el deseo
de poder conseguir,
en una bella noche,
—serenamente clara,—
¡recontar las estrellas
que al infinito pueblan!
y luego, calcular,
con alguna fijeza,—
¡los trillones de ensueños
que forman mi tesoro!

Tu sonrisa

¡Campanita alegre de repiqueteos!
¡talismán que abre las puertas adustas!
¡Es una alborada de fresca mañana;
augurios de vida, que azuza deseos!
Cuando alegre cruzas, coqueta y locuela,
brindando sonrisas, en derroche ufano,
sobre corazones deshoja las rosas
de tu gentileza, divina chiquela!
¡Eres tú más buena que el sol cotidiano!
¡vale tu sonrisa tanto como el pan!
¡Vino del espíritu ofrece tu boca,
y un sorbo tan sólo le pido a tu mano!
¡Tu sonrisa alegre hace tánto bien!
¡Su gracia y dulzura nos invade el alma!
¡Se espanta la pena y el dolor se olvida!
¡Por siempre perdure tu sonrisa! ¡Amén!

La mañana

Esta mañana fresca, con aromas de fronda,
llena de luz y cantos y armonía y bullicio,
es como una zagala, rozagante y lozana,
de quince años floridos, ardiente y placentera,
que ingenuamente impura ¡nos invita a gozarla!
Dios quiere primaveras nos perfuman la brisa;
son otras tantas ninfas que alegran la fontana.
Se percibe el aliento de Pan entre el boscaje,
que su siringa apresta, lírico y encelado,
y hay una deliciosa fuga sobre la grama.
Murmura su canción la cristalina linfa;
perlada está la hierba por por gotas de rocío;
el aire saturado parece que se infiltra,
y una dulce y agreste sensación nos invade
mientras Natura ríe en los rayos del sol.
¡Esta bella mañana nos hace amar la vida!
¡nos sahuma el espíritu este agreste perfume!
¡El corazón se alegra con la naturaleza,
y nos sentimos buenos, más simples y sencillos,
más humanos, y hermanos, del gusano y la estrella!

JUAN JOSE MOROSOLI

Balbuceos

VERSOS PRIMEROS

DEDICATORIA

A la que está en mí

J.J.G.

JUAN JOSE MOROSOLI

Yo

Ignoro los cenáculos y los ismos de moda
que manda la ciudad. Las sierras y los bosques
defienden el camino de mi pueblo...
Me he detenido al borde de las nuevas estéticas
con asombrado estupor de lugareño...
En esta paz altiva estoy mirando y comprendiendo
la pena de las tardes, los jardines humildes
de achiras y romeros,
el matiz cambiante de los cerros...
Las cosas más sencillas me han dicho su secreto
y hallo la levadura de mis cantos,
en las fatigas de las lavanderas,
el penoso traquear de las carretas
y en el ladrar nocturno de los perros!
...Creo que hay en mis versos
un poco de emoción y un poco de "eso"
que las tardes diluyen en el cielo del pueblo!...

Versos a la cañadita

Hoy, al alba vinieron cuatro carros pesados
y cegaron de tierra la vena de agua...
¡Por un hombre malo no tendrás, Mañana,
la música ingénua que era la cañada!
¡Adios frescos berros! ¡Adios camalotes!
¡Adios sabor puro, mineral de cerro!
¡Adios camalotes! Adios frescos berros!
¡Por un hombre malo! Por una mezquina
simiente de trigo! Te quedarás triste, taciturno, campo...
¡No será en tu alfombra la gracia lijera
de la flecha alada de la golondrina!
¡Adios a las risas de los chiquilines!
¡Adios a la égloga de los bueyes tardos!
Las viejas carretas hacia otros confines
se irán despaciosas... Ya no tendrás cantos
de boyeros mozos, ilusos y guapos!
¡Por un hombre malo! Dios padre
de la cañadita, te hará taciturno
y cuando al reposo vayas, hombre malo,
soñarás acaso que te quedas ciego
lo mismo que el campo
después que cruzaron los carros pesados!

Hormiguita

"Salen al amanecer de los ranchos; van hacia los campos a recoger leña, y a los rastrojos abandonados, semillas.

Juntan, pues, tesoros de la tierra, desdeñados por los satisfechos.

Afardecido se ven por los caminos, agobiadas de haces, curvado el cuerpo hacia la tierra..."

¡Buen día Hormiguita que vas a los campos!
¡que igual que yo te saluden
las estrellas últimas, el sol, los pájaros
y las plantas humildes que cuelgas en tarros!
¡que haya en los rastrojos
¡que haya mucha leña en los buenos campos!
hacea de espiga, dorados,
para que tengan salud y alegría
y calor y pan tus hermanos!
¡Manchita de sombra
en el verde soleado del campo!
¡Tristeza del hambre
en la fiesta del sol del espacio!
Hormiguita, sigue;
fatiga tu planta en los cerros
descansa tu cuerpo
en los claros remansos,
recoge la leña
que la santa piedad del arroyo
amontona en el pié de los árboles
para luz de los pobres
que hay en los ranchos!
¡Que vuelvas temprano Hormiguita,
con un haz enorme de ramas y gajos!

Los Cerros de Minas

Fué en el alba del mundo
cuando la armonía cósmica no existía.
Una lluvia de siglos formó un mar,
un mar de océanos que crecía y crecía,
dando manotadas con músicas de olas...
¡De pronto hubo un tropel de moles
que llenó la lejanía
de un estupor inmenso!
¡Cerros! ¡Sierras! Huían perseguidas
por el mar fabuloso...
¡De súbito el ejército
se detuvo en su huída
y quedaron los cerros
clavados, eternos en sus actitudes.
¡Inmensos como eran!
Desde el valle
la mano múltiple de un árbol
les dió la bienvenida.
Entonces los cerros llegaron hasta el valle
y destacaron hacia el mar un centinela:
El Pan de Azúcar!
Después formaron un nido
para parar los vientos que azotaban
al árbol cordial.
Así quedaron los cerros que rodean a Minas.
Un cordón de sierras les ata al Pan de Azúcar
que vigila el Atlántico;
En espera de siglos
para anunciar la nueva acometida!

Recuerdos

Del patio del colegio guardo muchos recuerdos.
Buenos recuerdos viejos de cuando era mi vida
azul, como mi delantal de dril marino...
Los muchachos jugaban en el tablero de ajedrez del patio
mi "martín pescador".
¡Aún me parece sentir aquel bullicio
y la voz buena del maestro!
El maestro que ya nadie recuerda.
Su nombre se ha perdido, olvidado...
Yo estaba en aquel día de mi recuerdo,
anónimo en un rincón, abstraído,
comiendo el pan humilde que ganaba
mi padre en los andamios.
¡Tenía brazos fuertes y un traje de dril azul
como mi guardapolvos!
Los muchachos tenían su alegría
su pan con dulce, sus trajes con botones dorados,
tan vistosos, tan lindos!
Los miraba con pensamientos de hombres
y entonces me sabía el pan, duro, mezquino...
Después me iba a la clase huraño, triste,
precozmente dolido!
Y sin ellos era el triunfo y la alegría
entre los problemas y los libros!
Pero cuando salíamos a la calle
yo me cobraba bien de mi martirio:
Me esperaba mi padre, satisfecho.
Yo miraba a los otros que se iban
todos, sin cariño...
Y sonreía, tranquilo, con infantil egoísmo...

Si yo tuviera algún día...

¡Que alma tendrás Abuelito!
¡que puro será lo que piensas!
¡Los chicos callan y quedan
todos curiosos, mirándote
con los ojos asombrados...
¿qué les cuentas? qué les dices?
¿A sus preguntas contestas?
que yo a veces me voy lejos
por no darles mis respuestas!
Yo mirándote, Abuelito
he pensado muchas veces:
¿Tendré yo en mi ancianidad
este candor de Abuelito
que puede hablar muchas horas
con mis hermanitos chicos?
¡qué bueno será tener
un alma de pocos años
en una cabeza blanca
y poder hablar de todo
como Abuelito y los niños!

II

Cuénteme un cuento Abuelito.
Un cuento lindo y muy largo...

Pero Abuelito no vé... Mira
la nube azul del cigarro
—¿qué hay en el cielo, Abuelito
que Ud. se pasa mirándolo?
Si será hecho, Abuelito
del humo de sus cigarros?
—Abuelo sigue la nube
que divaga en el espacio—
¿Y el cuento? ¿Y el cuento? Cuándo
lo va a contar?
—Luego, mañana, pasado...
—¡Bueno, yo voy a avisarle a tía
que está otra vez "de cigarro"!
Entonces, Abuelo empieza
el viejo cuento, despacio...

Los Trompos

¡Los trompos! ¡Los trompos! ¡Los trompos!
¡Qué dulce, rotunda alegría, me llena la voz!
¡Qué voz recia: trompo! ¡Qué juego más fuerte!
¡Qué juego más lleno de movimientos y de color!
¡Cascarillas o dormilones todos los trompos tienen
forma de corazón!...
¡Azules o rojos, todos tienen mil colores
cuando bailan al mediodía bajo el sol!

—

La troya: un círculo que hacíamos en la tierra
y estábamos todos alrededor
como si en el centro hubiera un abuelo
contándonos un cuento... Tirábamos después
una moneda a cara o sol
para elegir salida...
¡Zumbaba el trompo y se dormía vibrando
como si fuera de metal o tuviera dentro
un corazón!
¡Qué fiesta de los torsos y de los brazos y de la voz!
¡Y qué algazara
para festejar la habilidad de un jugador!
¡Qué alegría ganarle el trompo al compañero
entre golpes y risas
a la salida de la escuela, "al rayo del sol"!
¿Donde están los muchachos de mi tiempo
inquietos, hábiles y fuertes con el trompo zumbador
que danzaba como un loco en las manos nuestras
como nos danzaba
loco de juventud el corazón?

Estábamos en la Plaza

Estábamos en la Plaza Nueva
envueltos en silencio.
Tú llevabas tu traje de saraza,
un gajo de cedrón y una rosa en el pelo—
Por la alfombrada calma del sendero
cruzaban hacia el centro las mujeres del pueblo,
que iban a la fiesta de la Virgen María...
Sin hablar, como estábamos,
estábamos muy bien.
De pronto floreció en el cielo
el crisantemo de un fuego de artificio.
Después cruzaron globos multicolores
¡locas flores de luz en las manos del viento!
Vamos —dijiste— y lentamente fuimos
midiendo los caminos en silencio...

El veranillo de San Juan

Las muchachas le esperan aprontando cédulas
Ellas le quieren mucho porque regala novios como los
gitanos

Viene con perezoza paz y lo trae el otoño
Como a un niño, de la mano.
—El otoño es ya un poco maduro y le gusta
abrigarse con cariños jóvenes, lozanos... —
Cuando llega las violetas están esperándole
con sus flores cerradas y para festejarlo
se abren todas juntas, y se ofrecen en todo lugar.
En el labio de los arroyos, en el pie de los árboles.
Es muy bueno San Juan.
Los campos que están enfriándose
le quieren más que al Verano
porque reparte caricias dentísimas
como se hace con los enfermos y los desgraciados...
Debe bajar del cielo porque en estos días
las nubes que han venido a enredarse en los cerros
se elevan otra vez.
¡El veranillo! ¡El veranillo!
¡Que bueno es con todos
a los viejos les abre el pasado
y les dora una página vieja
para que se borren de golpe los años
y se vean en las viejas casas coloniales noviando.
A San Pedro le deja un fogón en cada esquina
del pueblo para que se caliente un poco...
Y alegra el pueblo sin acontecimientos
como alegran a las casas antiguas
los árboles.

Pedacito de pan

Eres toda buena. Los ojos azules
que lo azulan todo en un largo mirar,
las palabras sencillas y claras,
las manos pequeñas, lento el ademán.
¡Hacen bien en llamarte
"Pedacito de pan!"
Te ríes de todo sin por qué o "porque sí"
y cuando vas por la calle, los hombres
se preguntan todos:
—Me sonríe a mí?
En las tiendas a todos les gusta tu charla
porque algunas cosas las dices callando
Pero callando de un modo tan tuyo
que no se sabe cual es tu mejor elocuencia,
si al hablar o al callar...
Dicen algunos que no tienes fondo profundo
que eres lo que muestras:
Un alma clarita
como un espejito de agua en el campo,
después de la lluvia...
No sé como eres. Pero pienso a veces
que tienen razón.
Que todo en tí es claro y blando y es suave
—tu mano, tu risa, tu voz, tu ademán—
Y está bien. Es mejor muchachita:
así todos queremos tu alma de trigo.
"Pedacito de pan!"

Tú, hombre

Si no tuviste en tu juventud
la sublime ceguera de un amor
Ya no tendrás jamás
aunque vivas más que las montañas
un sentido exacto de la alegría y del color!
Pobre si no fué tuyo en esa hora
el espectáculo del mar o de los cielos!
No escucharás ya nunca las músicas recónditas
de las cosas más hondas!
Andarás por la vida
como un canto
en el fondo dinámico del mar...

II

Agua, Ritmo, Mar, Arbol...
Son palabras, figuras, .
¡Elementos del Cosmos o de Dios!
Verde, Amarillo, Azul... Colores son
que están en los libros de Física o en un rayo de sol!
Pero ritmo y mar y árbol, tuvieron para tí
figura , palpitación, color
cuando entraron en tus ojos
y se hicieron pensamiento y voz
en la hora en que Ella iba contigo señalándolos...

Pisaba un festón de arena húmeda
dorado por el sol
levantaba la mano suavemente
los dedos extendidos.
Le temblaba la voz:
"El mar hace "así" y tiene ritmo... color..."
¡Y al pecho de ella estaba allí
y estaban allí sus ojos y su voz!
Tu dices: Tierra. .. una inmensa
forma rígida te llena la visión
Ella tu dice, tierra. Y tierra pesa menos en su voz
y se coca con pájaros, con ríos y con niños...
Cuando te dice agua la palabra es húmeda
y fresca te la dijo su voz—
Campo: mares verdes con árboles
reverenciando el cielo, cañadas, berros
piedras musgosas, juncos, fresco reparador...
¡Todo tiene sentido, todo goza color
y sale de su boca, con ritmo, música y sabor!

—

Maravilloso hombre que llevas la cabeza
alta como tu sueño, por ese dulce amor.
Tu frío y ríe, hombre!
Que frío no es invierno, no es angustia...
Es calor
de la casa en que Ella cría, tu hijo
en que teje sus hilos y canta su canción!

La verdad

Estos versos son de mi primera juventud. De mi ignorancia y de mi frescura. Los ojos y los espíritus sabios que saben de los prados admirables; que caminaron la "Sagrada Selva" se quedarán sin fiesta con ellos. Yo les encuentro una gracia de camino viejo o una emoción de paseo por las calles en silencio de mi pueblo sin sucesos... Son los goces que tuvo mi paz. Y fueron el regalo y el contento de mis días. Ahora ya sé más y gusto pedir gracias de pensamiento, de música y de emoción al verso, pero esos versos son míos... Bien míos.—

J. J. M.

GUILLERMO CUADRI

Madreselvas

(POESIAS)

Ofrenda

Almas sencillas, aldeanas; —que no saben de la belleza de las flores que tantas plantas raras, abren, maravillosamente, en los jardines e invernáculos de las ciudades— para ustedes estas "Madreselvas".

Las madreselvas tienen una virtud: sabiendo arrancar la flor sin romperla, en el fondo de ella sale un poquito de néctar. Cuando muchachos, ¡qué sabias eran nuestras manos para arrancarlas enteras! y ¡cuánto se deleitaron nuestras bocas sorbiendo en sus flores aquella agüita dulce!

Entre ésta pudiera ser que alguna tuviese su poquito de azúcar...

G. C.

Sencillas

A la ciudad de Minas

¡Minas!... ¡Tienes tantas bellezas!
¡tienes tantos encantos! que, en loor a ellos,
la naturaleza te rinde homenaje
al montarte una guardia de honor con sus cerros.
Que, graves, celosos, te circundan toda
para que no seas visible de lejos...
Mientras, ellos, se empinan curiosos,
solemnes, extáticos, a mirar el pueblo.
¡Y cómo has cambiado! Te vas extendiendo...
Las casas alargan todas tus orillas.
¡Ya no eres "El pueblo"!
Ya todos te dicen: "La ciudad de Minas".
De ciudad, tan solo tienes pretensiones,
y coqueterías...
¡Tu alma es de pueblo!
Y muestras el alma cuando muere el día...
¡En tus noches, Minas!
¡que calma indecible que tus calles tienen!
¡Soledad,silencio!
Es un sueño de pueblo el que duermes!
Por esa alma tuya,
¡como te queremos!
los que en tí nacimos
cuando eras "el pueblo"!

Desde mi puerta

El cielo parece
una inmensa tela combada
que un pintor novicio
hubiera llenado con sus pinceladas.
Como un raro barco,
con la quilla al viento,
un galpón enorme muestra las "dos aguas"
de su largo techo.
En su sed inmensa de sol y de viento
y como el triunfo de una lucha larga,
los árboles lucen sus copas
por sobre las casas.
Brilla, allá, a lo lejos,
cuando el sol la dora,
la punta diamante
de una clarabóya.
Y en el cerco, enfrente,
una cinacina
pone un desespero:
su flor amarilla.

Del Pueblo

RECUERDOS VIEJOS

Arrancaron los árboles todos
de la calle del centro del pueblo.
¡Qué desolada que parece ahora!
y, ¡con cuánta tristeza la contemplo!
¡La única calle que en el pueblo había
poblada de plátanos en sus dos veredas;
que estiraban sus ramas, cuál brazos,
por darse las manos en las primaveras!
Las casas de lujo, las "buenas", las lindas,
¡parecen más lindas, más grandes!
Lucen, sin estorbos, sus arquitecturas,
¡y están mucho más bellas que antes!...
¡Si parecen decir con orgullo: ¡"Oh, los árboles!...
¡por fin los sacaron"!
En cambio, las pobres, las tristes, las feas,
¡qué tristes quedaron!
Muestran las pobrezas; muestran las fealdades
que antes ocultaron...
Y parecen decir con tristeza: ¡Ay, los árboles!...
¿por qué los sacaron"?

Los "Buenos días"

Ese gran sembrador que es el viento
llevó la semilla junto a un viejo tala.
La tapó con polvo. Y un día
se asomó un brotito, soñando en la escala.
Se estiró, curioso. Y, como dos alas,
nacieron dos hojas, una a cada lado.
Se siguió estirando su cuello de sierpe,
y en una ramita se quedó abrazado.
Prosiguió por ella su ascención de abrazos,
haciendo espirales. Ella fué la escala.
Hasta que al fín pudo cumplir sus deseos,
y abrazarse al tronco del arisco tala.
Y una mañanita clara de Noviembre,
de esas mañanitas llenas de alegrías,
el tala vió absorto abrirse en su copa
la gloria rosada de unos "Buenos días".

Las cañas

¡Qué ejemplo más bello que nos dan las cañas!
¡Qué ejemplo más bello para muchas vidas!
Nazcan donde nazcan ¡siempre se amontonan!
¡Siempre se apretujan, unidas, ¡unidas!
Las hojas, cual brazos pequeños, abiertos
en súplica muda, un emblema encierran.
Y no dan semillas, para que los vientos
no las desparramen por toda la tierra.
Ellas simbolizan la familia unida
cuyo amor no sabe de separación.
Siempre viven juntas, amorosamente.
¡Qué bello es mirarlas con el corazón!
La más leve brisa desata sus lenguas
y a charlar se ponen en su idioma raro,
que es como un murmurio del agua mansita,
que corre en el cauce de un arroyo claro.
Las hojas se agitan, se inclinan sus tallos,
¡y no hacen más nada que reverenciarse!
Acrece el murmurio de su charla clara,
mientras ellas siguen jugando a abrazarse.
Pero cuando el viento sus furias desata,
su ruido, es el ruido de un río crecido.
Es como el reproche de extrañas gargantas,
y parece un ronco, quejoso alarido.

☆★☆

Unión simbolizan dos manos unidas.
Las manos, a veces, son malas, hurañas...!
Hombres: Si tenéis que mostrar un emblema
de unión y cariño, ¡pintad unas cañas!

Los Cardos

Se alargan las hojas, de un verde grisáceo,
como extrañas manos de un ser de leyenda,
que a sus dos costados, simétricamente,
tuvieran cien dedos, abiertos, que esperan...
Y al llegar la víctima,
le clavan las puntas de sus estiletes.
Estiletes finos, de un temple tan frágil,
que al pinchar la carne se quiebran adentro.
Casi siempre nacen en los mismos lados,
y, sinó se expanden por toda la Tierra
es porque los pájaros, que los saben malos,
se van en bandadas a hacerles la guerra.
Y sus picos fuertes se hunden mil veces
en esas cabezas canosas y erguidas.
Y, talvez pensando comerle el cerebro,
¡pican! ¡pican! ¡pican! comiendo semillas.
Sinó, llenarían los cardos la Tierra:
pues cada semilla tiene un aeronave
más sutil que el viento: la más leve brisa
rompe sus amarras, y volando sale.

En el medio abajo, lleva la simiente,
lo mismo que un globo lleva la barquilla,
y en cuanto tropieza con alguna cosa,
suelta la semilla.
A impulsos del viento siguen los globitos,
que al sol resplandecen cual pequeños lampos.
Parecen estrellas que vuelan,
ténues estrellitas de "peluche" blanco.
Cuando caen al suelo, corren los muchachos
a jugar con ellos
Y, tal vez creyéndolos sucios de harina,
les han puesto el nombre de: "Los panaderos".
Cuando se envejecen, son sus hojas secas
cual extrañas manos, viejas, desvalidas,
que al herir, sin fuerzas ya para más nada,
dejaran la daga clavada en la herida.
Y sus alcachofas,
parecen cabezas de viejos malevos,
que muestran, por sobre la frente tostada,
el erizamiento del hirsuto pelo.

☆★☆

¡Y pensar que todos los miles de espinas
con que se defienden los cardos, es, sólo
por salvar el poco de azúcar que tienen
sus tiernos cogollos!...

Carreta de pueblo

Con un gran sombrero de fardos de paja,
viene la carreta.
Sus dos bueyes flacos, pacientes y tercos,
uncidos al yugo, miran a la tierra.

Largueros y estacas,
van haciendo cruces a sus dos costados.
Y las ruedas chirrian, diciendo que tienen
secas sus gargantas de hierro colado.

Cual grandes arañas de múltiples patas,
derechas, abiertas;
que al girar de canto dejaran su cuerpo
pequeño en el medio, las ruedas.

Y pasa el carrero
silbando bajito;
la picana al hombro, y en la punta brilla
el clavo, finito como su silbido,

que sólo interrumpe por llamar los bueyes
pacientes y tercos,
y vibra en el aire su voz ahuecada
¡Golondriiinaa!... ¡Recuecerdooo!...

Saludando a todos
con su cabeceo,
dobló la carreta
que va para el pueblo.

A una chimenea..

Eres la encargada de decirle al barrio
que hay vida en la casa, vieja chimenea
y me había extrañado —desde hace unos días—
que tu negra boca ni un momento humea.

Más hoy ya se supo la noticia triste:
—¡y la gente mala del barrio se alegra!—
¡La casa está sola! ¡Qué bien yo entendía
el lenguaje mudo de tu boca negra!

Eres la chismosa más alta del barrio.
Y cuentas, con humo, lo que adentro pasa.
¡Si a todo el que sepa mirarte le dices
qué costumbres tienen los dueños de casa!

Si te ve el chiquito, de noche, se asusta:
Se para, da vuelta, va al cuarto, ligero;
le dice a la madre: ¡El cuco del techo!
¡es negro! ¡y es grande! ¡y tiene sombrero!

¡Ahora estás muda! y sólo te quedan
los dibujos raros de tu negro grumo.
¡No hay vida en la casa! Me pareces triste
por no darle al viento tu charla de humo.

El tabaco

Miro un cigarrillo
que tengo en la mano;
despide, al quemarse,
un humo azulado.
Después al fumarlo, aspiro aquel humo,
lo arrojo y lo miro: ¡Sale casi blanco!

Y veo perplejo,
que el azul del humo
se ha quedado adentro.

¡Recién me doy cuenta por qué fuma el hombre!
¡Por qué sufre y vence los primeros ascos que le da el tabaco

¡Y por qué se envicia!
¡Y por qué el dejarlo cuesta tanto!... ¡Tánto!

¡Y es sólo por eso!...
¡Por ese azul que el humo
va dejando adentro!

Dueños de la noche

Media noche. El pueblo,
como un buen muchacho
que hubiera en el día trabajado mucho,
hace horas que duerme su sueño pesado.

Religiosamente,
ante el gran misterio del cielo estrellado,
hieráticas, graves,
las casas cerraron sus ojos cuadrados.

Las largas veredas,
en la inmensa calma de esta paz poblana,
parece que duermen un sueño de piedra,
tendidas al pié de las casas.

Todo duerme, abajo.
Arriba, todo vela.
¡Y cómo tiemblan en la comba ingente
las pestañas de luz de las estrellas!

Con el alma limpia,
con los nervios tensos:
dueños de la noche,
nosotros nos vamos charlando de versos...

Dobles

Versos pueriles

¡Has pasado a mi lado sin mirarme!
Fría. Inmutable. Serena.
¡Sin que un gesto te vendiese al encontrarme!
¡Sin un gesto que dijera de un dolor, o de una pena!

Tenías, desde chiquita, una seña inconfundible:
Cierto vaiven de tus brazos y tu cabeza, al andar.
Han pasado muchos años. Y hoy, antes de aproximarnos,
por ella te he conocido al mirarte caminar.

¡Cómo pasa y muere todo! Cuando chicos,
¡tú te acuerdas! era en tiempos de la abuela;
para que tú no llevaras ninguna carga en las manos,
yo me llevaba mis libros y tu cartera a la escuela.

Éramos nosotros dos los que "hacían los mandados".
¡Cómo revivo el recuerdo doloroso de esa etapa!
¡Las veces que fuimos juntos al almacén de la esquina!
¡Y nunca nos disgustamos al repartirnos la "yapa"!

Aquella vez que el borracho te dió aquel susto tan grande,
que tú ni correr podías de asustada,
¡como alababas el gesto de mi acción "noble" y "valiente"!
¡cuando le dí la pedrada!

Cuando rompiste el florero, aquel florero tan lindo
que un día al venir de misa, la pobre abuela compró;
¡El susto que te llevaste! ¡Te quedaste muda, blanca...
¡Y me abrazaste llorando cuando dije que "fuí yo"!

☆ ★ ☆

Y después... después fué aquéllo"...
aquello que fatalmente tiene que ser, y que es.
Dime ¿no es verdad que siempre, en el fondo de tu alma,
llevarás aquel "después"?

☆ ★ ☆

¡Y has pasado por mi lado sin mirarme!
Sin un gesto que dijera de una pena o de un placer!...
—¡Qué bien supiste ser niña!
¡¡Qué bien sabes ser mujer!!

El anillo de hierro

Si no lo he soñado, cuando era muchacho
alguien me relató un cuento, cuyo argumen-
to pongo en estas estrofas.

Vacilante, pálido;
brillantes y hundidos los ojos,
él va caminando despacio.
¡Sonríe su rostro!

Ya llegó a la casa.
Golpea.
Y es ella, "la rubia",
que le abre la puerta.

El vive por ella.
Hace mucho tiempo que en una mirada
entró por sus ojos
y llegó hasta el alma.

Ella, lo entretiene...
El le hace unos versos tan bellos,
donde dice unas cosas tan lindas,
que ella, vanidosa, se ufana en leerlos
cuando los publican
los diarios del pueblo.

El le había ofrecido,
hacía mucho tiempo,
la prueba más grande
de su amor inmenso.
La lleva en la mano.
Va solo por eso.

La mira en los ojos.
Y mientras le alarga la mano
dándole "su" prueba,
ella, zalamera, sonríe contenta.

.....

—¡"Y ésta es la prueba,
la prueba más grande de tu amor inmenso?
Pero... ¡tú estás loco!
¡Si es esto un anillo de hierro"!

—¡"Sí, mi primavera!
¡Un anillo de hierro!
¡Del hierro de mi sangre!
¡Lo hice hacer con eso!
¡Mirá, aquí, en mi brazo,
todavía la herida!
¡Y todos los días, por sacarle sangre,
de nuevo la abría!
Un químico amigo
le sacaba el hierro;
hasta que al fin pudo juntarse bastante.
¡Y el anillo, es eso!.

Mirándola mucho,
lloraban sus ojos de muchacho bueno.

—¡"Qué loco que has sido!
¡Qué loco!
¡Ay! ¡Si tan siquiera lo hubieses
hecho hacer de oro"!...

☆★☆

Vacilante, pálido,
sin vida y hundidos los ojos,
él va caminando despacio...
El llanto muequea su rostro.
Sin embargo, a ratos, se animan sus ojos
pensando en un verso.
Pensando en un verso, de sangre y de llanto
que le grita su alma desde muy adentro,

Que después, las gentes
del pueblo,
leerán en la calma
de sus aposentos.
Y tal vez comenten:
"¡Qué cosas de locos
ponen en los versos!"

¡Cosas viejas!

Callejuela de mi casa ¡qué moderna que te han puesto
adoquines, y veredas, y paredes revocadas!
¡Ya no eres la que fuiste! ¡Nunca somos lo que fuimos!
¡Oh! ¡La indecible tristeza de las cosas renovadas!

Ya no están tus cercos viejos, agobiados por el tiempo;
son plantitas florecidas para engalanar tu fango!
Ni la red, burda, herrumbrosa, de tus viejos alambrados;
ni aquellos postes de piedra donde jugamos al "rango"!

¡Aquellos grandes faroles de tus esquinas, que, en noches
en que la luna no daba su pálida luz de plata,
ponían la nota roja de sus mortuorios reflejos...
Donde hacían su concilio los que iban de serenata!

Al cruzar frente a mi casa, el pasaje de los carros
te había grabado un largo signo de interrogación...
¡Calleja de aquellos tiempos de mis bellas mocedades!...
¡Qué bién por ti se vagaba enseñando una ilusión!

¡Qué honda calma que tenías en las noches, callejuela!
Sólo a veces la turbaba el ladrido de algún can,
o la voz de algún sereno cuando cantaba las horas,
o el rasguear de una guitarra y el cantar de algún galán.

¡Aquella esquina de arriba, abandonada y abierta,
con talas y "cinacinas", donde empezaba un barranco!...
De noche, cuando muchachos... ¡con cuanto miedo pasábamos!
¡De allí salía un "fantasma" todo vestido de blanco!

☆★☆

Callejuela de mi barrio, ¡ya no eres! ¡ya no existes!
Como tú, ¡todos los viejos de aquel tiempo, ya no están!
¡Todo pasa! ¡todo muere! ¡Qué tristeza da el pensarlo!...
¡La amargura que nos dejan estas cosas que se van...!

Nosotros

¡No te pongas seria! ¡No te quedes triste!
¡Si no es nada de eso! ¡Si a veces la vida
tiene tantas cosas!... Tiene tantos días
tan malos ¡tan malos! que hasta nos contagian.
¿Qué piensas? ¿Qué miras?
se te van los ojos cargados de ausencia,
como en largo viaje buscando otros días...
¿Me hallaste, como antes, cuando te esperaba
parado en tu esquina?

Hace pocos días pasé por la casa
¡Por la casa aquella!
¡Todo está como antes; apenas se nota
la pátina obscura que unos cuantos años
dejaron en ella!

¡Todo está como antes! Las casas, el barrio,
no ha cambiado nada. La vieja glicina
de la verja, siempre se asoma a la calle,
por mostrar a todos sus racimos lilas.

La primer ventana ¿te acuerdas?
¡qué emoción me ha dado!
Han colgado en ella una estera verde.
¡Igual a la que antes colgaron tus manos!

Ví el balcón, y abajo, junto a la vereda
aún está el revoque todo carcomido...
¿Sabes?
¡de estar tantas noches hablando contigo!
¡El balcón de mármol!... Me parece verte
sentada en el borde de aquella ventana!
La cara muy blanca, de amor o de luna;
los ojos muy grandes, glaucos de esperanza.
Y cuando la luna sus rayos curiosos
por los intersticios del balcón filtraba,
¡cómo se llenaba tu vestido negro
de alajas de plata!

Paulatinamente,
unos cuantos años se hicieron recuerdos...
Y fueron tan suaves, que poco han pesado
en nuestras dos almas, en nuestros cerebros.
Y somos los mismos.
¡Un poco más viejos; un poco más serios!

¡Ya tenemos canas!...
La crueldad del tiempo nos pone en el rostro
su rúbrica extraña.
¡Y a tí que en tu vida te ha gustado tanto
mirarte al espejo!
Pero, no te apenes;
no pienses en eso.

Oye: Cuando seas, mañana, más vieja,
no mires la cara que te da el espejo:
Mírate en tus hijos.
Verás que en sus caras hay mil cosas tuyas
de cuando eras niña.
Que está en sus guedejas, tan finas y rubias,
aquel oro muerto que en tu cabecita
peinara tu madre
cuando tu eras chica.
Y tendrá tu vida múltiples encantos.
Y reirás con ellos.
Y verás con calma,
que unos cuántos años se hicieron recuerdos...

☆ ★ ☆

¡Ya ríen tus ojos!
¿Qué piensas? ¿Qué miras?
¿Me hallaste, como antes, cuando te esperaba
parado en tu esquina?

JULIO CASAS ARAUJO

Voz de soledad

POESIAS

Voz de Soledad

Vivo solo,
En una casa grande y huraña, donde soy
El señor de mí mismo;
Ya rey de mis deseos,
¡Ya un esclavo sumiso
De los rudos antojos que me aprietan el alma
Como una tuerca enorme, retorcida en cien giros
Sobre toda la carne,
Sobre todo mi Ser: Pensamiento y Sentidos.
Ando solo en mi casa
Como un duende perdido...
Y es que en veces se torna tan hostil y tan grande,
Que soy en la casa una línea de ruidos
Que se arrastra en mis pasos, que termina en mis pasos
O se va en un suspiro!...
Hace ya muchos años que ando solo en la vida.
He gustado cien frutos y mi boca ha mordido
Las manzanas eternas de los siete pecados...
Mas ya siento fatiga... Ya me duele el Hastío...
Y ando solo en mi casa;
Ando solo en mi casa como un duende perdido...
Cuando vine a la Aldea, me miraba la gente
Curioseando en mi ser... Era triste y altivo
Y llevaba mis sueños mas allá de sus manos:
¡En un círculo astral y erizado de filos!...

Hoy, ya nadie me habla de las rimas que sueño,
Para muchos no canto, porque acaso he perdido
La maldita locura de los versos. ¡Qué cosas!...
¿Se detienen los soles en el rumbo infinito?
¿Las campiñas cegaron sus arterias de vida?
¿Se han tronchado los bosques y los cerros perdido?
Sus empaques de Tiempos, achatando los dorsos
Como perros sumisos?...
¡O no soy, o no eres!...
¡Pero canto y blasfemo y soy rudo y altivo!
Ando solo en la Aldea;
Ando solo en la aldea como un duende perdido...
Ya no soy más que un árbol ¡ya no soy más que el sol
De las tardes de estío;
Ya no soy más que el polvo de la calle, una cosa
Como todas, —o acaso, como nalie en mí mismo!...—
Ando solo en mi casa...
Y ando solo en la Aldea como un duende perdido...

☆★☆

Hace mucho que sueño con tener mi casona
En un campo soleado, junto al último giro
Del abrazo impalpable que dilata en sus ecos
Moribundos, un río...
Una casa con bosques, con un huerto hostigado
Por mis manos pueriles, que jamás han sentido
Como un verso de sangre y dolor, extendido,
Su simiente gloriosa; en un surco infinito,
Donde esté mi cansancio arañando la tierra
La fatiga inaudita de verter en el surco
Resecado, costroso, reventado, deshecho,
Como un vaso mordido!...
Hace mucho que sueño con tener mi casona
De tejados añejos, donde el tiempo haya ido
Con su pátina antigua desluciendo colores...

En el patio: un parral, un aljibe y un pino
Que en las noches hurañas, apacigüe mi fiebre
Con el canto gimiente de su enorme abanico,
Al que teme la gente, se persigna y se ahuyenta
Temerosa del árbol, de la sombra y del ruido...

☆ ★ ☆

Y sería un labriego,
En la tierra fecunda, donde acaso ya he sido,
Hundiría mis manos, enfrentando a los cielos
La bandera sureada por mi esfuerzo infinito
Con cien rayas de venas rebosantes de savia.
Me verían los soles, musculoso y altivo
Como un bronce moreno,
Dilatando la vida en los múltiples círculos
De la mano que siembra! Con el sol del ocaso,
Tornaría rendido
Al silencio apacible de mi vieja casona;
No estaría ya solo en el claro recinto:
Junto al férvido hogar, rondarían mi asiento
En un júbilo íntimo,
Las amables ternuras de la dulce familia...
No estaría ya solo...
No andaría ya solo como un duende perdido...

Atardecer poblano

Atardecer...
Un horizonte que se viene cerca
en rojo, en sombra, en lila y en silencios...
El camino,
de hierros deslucidos, como un puñal mohoso,
hunde la punta entre su vaina de álamos...
Y el sol,
desde las encumbradas serranías,
deslumbra en las ventanas de las prietas casuchas,
y finge, colorista,
sobre los vidrios múltiples,
luminosas cometas,
que se estuvieran rígidas e inmóviles
tendidas del cordel de un haz de luz.
Y,
como tapando el hueco del poniente,
una bruma azulina
hecha con humos lentos
y vahos entibiados de hondonada,
sobre los dorsos turbios de los cerros.

☆ ★ ☆

Silencio...
Hay un raro silencio,
como de voces que se quedan muertas
al partirse en los labios...
Es un raro silencio,
no como de quietudes inmutables
de agonía o de muerte,
sino cual si al oído no llegaran
más que las sombras mustias de los ecos...
Aquí corre un chiquillo hacia la fuente
con su cántaro en hombros...
Allí muge una vaca,
tambaleando su lírico cencerro
hacia las impaciencias de la cría,
en la paz hogareña del establo...
Más allá una mujer, con paso lento,
fatiga su cabeza
con la pesada carga de su fardo...
pero todo ruido
se hace de movimiento
para entrar por los ojos,
tan solo por los ojos sensitivos!...
Silencio
Hay una clara nota de silencio...
Hay un puro silencio,

nostálgico, emotivo, sensitivo,
como de un agua que se queda quieta
luego de mil fatigas,
de mil locos paisajes,
de mil riscos,
y que se echara tersa, limpia, abierta,
para espejarse sólo un paisaje único,
único de sosiego,
único de cansancio
único de silencio,
único!
Ya como el agua que se raya apenas
con sombras de los juncos,
este silencio que se raya todo
con mil pequeñas sombras de ruidos
ya una voz,
o ya un pájaro...
un cántico,
o un mugido...

☆★☆

—Oh! como te detesto
atardecer de la Ciudad, que no eres
atardecer!...

Oh! cómo te detesto
silencio en la Ciudad, que ya no eres
ni sombras de un silencio!
oh! cómo te detesto,
Hora de la Ciudad que no has sabido
retener el antiguo
misterio simple de la atardecida,
sólo para soñar frente a la Nada,
frente al mar,
frente al sol!
Oh! cómo te detesto
atardecer materialista, eléctrico,
telón pintarrajeado,
tinglado con jazz-band!—

☆ ★ ☆

Las casucas del Pueblo,
claudican sus colores insolentes
ante la paz sombrosa del instante...
Y el cielo que se cae
como un paraguas negro,
roto de mil estrellas temerosas...
Luego la llama viva de un candil,
—se abre una puerta—
voltea un cuadro de sombras,
y, ante la noche, se deslíe en penumbra...

Y luego otra,
y otra,
y otra,
tientan su timidez hacia la noche...
Una,
lejana y terca,
se aprieta viva en un ardiente punto—
—Cada puerta con luz, que hay en el campo,
borra la geometría de sus líneas
para arder en los ojos sólo un punto!—

☆ ★ ☆

Ya en cada hogar humilde, hay una llama...
Duros leños serranos
dan, al arder en los fogones rústicos—
su nube de humo blanco a los espacios...
Y un olor rutinario,
una añoranza de rincón de selva,
de fogones antiguos,
de cañada de campo
y de lentas carretas desuñidas
en la quietud ingenua del descanso,
se respira, anhelante,
en la brisa con humos
de estos leños serranos!...

☆ ★ ☆

El cielo está, ahora, alto...
Límpido,
Quieto,
lo mismo que un remanso...

Palabras de ser

Pensar... sentir y ser todo
una emoción inconstante
como una loca marea
sin reposo...;
No saber hacia qué rumbo
las goletas viajadoras
de nuestros sueños, se van;
y estarse haciendo la vida
cada vez más dolorosa
de tanto pensar... Pensar!...
Descender en nuestra carne,
o subir en nuestro cielo
como una nube de paso
que no halla jamás enrase
con la verdad... La verdad!...
Y ser un vuelo de pájaros...
una canción multiforme
que a todo le dice adiós;
que en cada vuelco, y en cada
evolución del espíritu,
deja un latido tremante
y emocionado, en las cosas

que ayer quisimos, y que hoy,
ya les decimos adiós...
A veces en nuestro mundo
arde una luz, y sentimos
que todos nuestros antojos
rondan en torno de ella,
sobre un círculo;
alargamos nuestras manos,
alargamos nuestros sueños,
y está cogida la luz
y temblando en nuestros dedos,
se crispan las manos, ávidas
todas las ansias se crispan,
y al apretar y apretar...
apagamos el lucero
y nos quedamos llorando
sobre la pobre ceniza...
Y ay! que de tanto pensar
nos amargamos la vida!...
Queda una ventana abierta
hacia el reposo, más cómo
mirar por ella la vida
si en ella está sólo el cielo,
al cielo vago de cielos!
¡Hoy que mirar a la vida!—

El sol nos quema las manos.
El sol nos quema los ojos!
Bajo la luz, se hacen duras
las cosas, los seres, tod!
Y son planos infranqueables;
y son tajantes aristas!
Entre los huecos, la luz
finge penumbras palpables;
y no temen nuestros ojos
porque la penumbra ablanda
y torna suaves las cosas!...

¡Y así es la noche de tímida...
La noche es toda penumbra.
En la noche, no se grita,
no se ruge, no se lanza
nuestro instinto hacia el Combate
o hacia la Muerte; la noche
abochorna el lustre altivo
y fulgente, de las armas!
¡La noche es guante de seda
y el día es guante de acero!...

Sigamos, oh! alma, por todos
los más ardientes senderos!—

Tres versos de la noche

LA VENDA

Voy en la noche, con los ojos vueltos
sobre mi pensamiento...
Súbito un resplandor hiende el espacio;
y, tras la herida que sangró una estrella;
se estira la vía láctea
lo mismo que una venda sobre un tajo.

RELENTE

Afuera un largo frío solitario
se estira entre las rondas del silencio...
El cielo se persigna
sobre los puntos de la Cruz del Sur;
mientras la vía láctea
deslíe su rosario
entre el vago relente anochecido...
Desde el tejado que se escarcha en luna,
cae un rocío lento y espaciado.
Como un hervor unánime
llega el croar ambiguo de las ranas,

desde atrás del silencio,
vago de fatigadas lejanías...
Y en las pestañas del alero tiembla,
una gota de llanto del espacio

EL NADADOR

El cielo es claro y hondo,
estallado con fuego de los astros.
Cimbrase la vía láctea
con la flexión de un trampolín, en tanto
la cruz del sur, oh! nadador celeste
del corazón en llamas,—
se arroja hacia los mares de la noche.

.. VALERIANO MAGRI

Versos Simples

Norma

Creo: en la alegría magnífica del mundo,
en la suavidad de algunas mujeres
y en el trabajo noble y fecundo,
única fuente de los placeres!

Los Talas

Con jugos de los cerros crean hojas y espinas;
¡son más talas que otros estos talas de Minas!
Hundiendo sus raíces tenaces y porfiadas
como vivientes cuñas apasionadas,
del labio de la piedra —dura y mísera estopa—
levantan el milagro caliente de su copa.
En la cumbre acerada,
viejo torreón del águila caudal,
allí
donde el marrón arrancaría voz de metal
ponen ellos las gracias de sus melenas rudas:
tal el alma de Cristo sobre el alma de Judas.
Laten sobre la cumbre de durezas de acero
y me asombro en su vida como me asombraría
si al yunque de un herrero
un trébol de los valles viese arraigado un día.
Salud, amigos trágicos ¡si tendreis amargura!
desde vuestras cumbres mirando la llanura
donde sobra a los árboles linfa, tierra y ternura.
¡Oh, talas de mis cerros! que para ser felices
teneis sol en la copa
y piedra
¡tan solo piedra en las raíces!

Hermano

Hermano mío, hermano mío,
hermano mío del hogar lejano
que a mi llegada o a mi partida
me lanzas la mano
tendida.
Te lo digo en voz baja,
hermano mío del hogar lejano:
—He dado vuelta al mundo
y no he visto una mano como tu mano.

Chingolo

Chingolito de tierra,
chingolito de pasto,
el más triste de todos:
tiene en tí su poeta
la raza de chingolos.
Para otros, las quintas
la tierra trabajada;
a tí la torre Eiffell
de la silvestre mata,
el blasón con espinas
del torturado cardo,
la soledad amarilla
de un Sahara de pastos.
De otros, la corbata
gentil, color ladrillo;
de otros, el penacho
de viril señorío;
de otros, el huevo
con puntitos —¡pintado!—
Tuyas las cascaritas
de leche entre los pastos;
de otros, las bandadas

bulliciosas, festivas
—desfile de colegios
que alegran la campiña.
Y tuya, sólo tuya
la ilusión de andar solo:
vidalita con alas
y nombre de chingolo.

OTRO NIDO

Estoy junto a los cáuces del claro Campanero,
es decir, a dos pasos de Minas,
y no veo el pueblo,
impedido para ello
por el collar magnífico y perfecto
que hacen al blanco caserío
los cerros.
(Minas es en el Uruguay
el paisaje más griego.)
No veo al pueblo
pero en cambio
bajo la polidactilia de unos cardos
he encontrado un nido de chingolo
en cuyo fondo se destaca, claro...
—entre ondas concéntricas de cerdas...—

el caserío de unos huevos blancos.
Así está Minas,
en el fondo de un cráter gigantesco
circundado de colinas.
(Estos diminutos huevos son sus casas
puestas todas de acuerdo
en no sentirse solas en la pampa).

Plaza del lugar

Plaza General Rivera:
una hectárea de campo que carece de acera,
que en el medio del pueblo se quedó aprisionado.
un pedazo de valle deshabitado
Aquí está con sus plátanos y su inculto herbolario;
aroma cuatro esquinas por sus tiernos cedrones
mientras las madreselvas —fragante calendario—
sólo cuentan el año por las cuatro estaciones.
Medita en ocho bancos que casi están demás;
y a sus tranquilos árboles con pájaros y nidos
la Plaza, afable y dulce como un hombre de paz,
iza su corazón de serenos latidos.
En los atardeceres de los meses de estío
con las cándidas niñas ilustra sus senderos,
mientras pasan —Señores de Quimera y Hastío—
los poetas locales, de los anchos sombreros...
(la Plaza es toda de ellos; sus silencios profundos
son los cinco sentidos con qué miran al mundo)
Oh, Plaza, das a todos tu expresión esencial
empapando tan hondo con tu paz y quietud
que he logrado ponerme sentimental

recordando los bancos de mi juventud.
Aquí su forma de árbol viste
la emoción lugareña del caserío triste,
y si, pintor de múltiples tonos en la paleta
la lluvia llega al pueblo,
en todo el pueblo ¡sólo la Plaza la interpreta!
y es ella, sólo ella la que le sale al paso
—con sus blasones de serenidad—
al nervioso viajero del mundo,
y lo estruja en un abrazo
—profundo —
de intimidad.

Casi almibarada de tanto sentimiento...
—mientras no le claven en el pecho
el puñal de un monumento—
con sus tardes con música... y con novios ingenuos...
¿qué cosa más agónica, más mediocre ¡y humana!
que el corazón sencillo de la Plaza aldeana?

El fogón

Esta equis de leña —ya lengua, ya ignición,
que sollama a la carne y que al fuego calienta,
no es, no puede ser todo el fogón
como tampoco es un rayo una tormenta.

El fogón es el eje de una rueda
que tiene una corona de hombres en su llanta;
y gira lentamente bajo nubes de seda,
tal como una ruleta que con su tallo inerte
diese a cada garganta
un mate amargo por suerte.

Como la "ola giratoria" del "Parque Urbano"
parece un gran reloj
en cuyo horario humano
se mueven dos agujas de viviente fulgor:
el puñal que esculpe el asado
y el brazo del cebador
(A veces, se agrupan varios fogones
para un viaje,
—largo como una república americana—
y van por los caminos como constelaciones
naciendo con la noche, muriendo en la mañana;

como un ejército de luminosas arañas
que sigue a las carretas
por gustar de quién sabe qué pasiones extrañas)

El fogón
es un club ambulante de los campos
que atraviesa a nuestra América
con sus cubos de cuentos más o menos cargados
según las cicatrices que le hace a cada pago.

El fogón, es una cosa humana:
vive, sufre, solloza y canta,
y bajo la pereza que en su humo se enreda,
el fogón es el eje de una rueda
que tiene una corona de hombres en su llanta.

Siestas

Oh, sol de mis siestas
que hipnotiza lagartos y achicharras praderas!
—Vámonos... vámonos de fiesta
con los muchachos de las lavanderas!
—Vámonos con Juan, el gran pilluelo,
el rey de la laguna cuyo escudo
serlo pudo la j de su anzuelo!
—La conquista de un nido nos llevará muy lejos.
Para trepar los árboles tengo fuerza y donaire:
yo me debato alto, entre las ramas,
ágil como un clavel del aire!

Siestas de mis campos
en mis horas de niño:
íbamos a correr lagartos
y trepanar sandías:
cómo evoco el movimiento fino de aquellos saltos
con que decoraba mis correrías!
Y aquella sed espantosa
que quemaba la garganta;
y aquél barril: espléndido
quiste de la cañada!
Agua que se bebe en el campo

en jarro,
se bebe con los labios,
con los ojos
y con la infinita frescura
que sentimos en las palmas
al inclinarlas...

Son páginas en blanco
los días de verano;
y cada día tiene engarzado
el rubí de una siesta como sangriento coágulo!

Nido de hornero.

Está un poco entristecido
porque al borde de todos los ranchos
viene desde hace tiempo viendo su plagio,
pero diluye su tristeza en la alegría
de pensar que allí es el pájaro
el pan de cada día.

—Hombre ciudadano
que sueles atravesar el campo
con tu kodack bajo el brazo,—
artificioso ojo de artista
del común viajero:
¿a que nunca pusiste la mano
en un nido de hornero?

—Arroja lejos a tu máquina,
y para sentir las cosas,
para sentir siquiera las formas
¡tócalas!
—Ven, dame la mano y ponla en este nido
—no temas ponzoña ni rasguño—
sentirás, al sacarla, que has tenido
un guante de box sobre tu puño.

Trigo al sol

...Ya pasaron las alas blancas de las segadoras,
(los biplanos que tienen nostalgias de volar).

—A trillar... a trillar...!
Yo tengo la cara calcinada.
Arriba está la glándula solar
La lejana serpiente dorada
de la sierra irradia su reverberar.

—A trillar... a trillar...!
Azafrán de rastrojos
que se quieren incendiar...
Las parvas: antorchas que queman los ojos
y los mandan cerrar.

—A trillar... a trillar...!
En la siesta calcinadora
zumbando está la trilladora
y en la parva —multánime capullo—
pinchan y pinchan los horquilladores
Bajo una nube de casullo
desaparecen los trilladores.

Y trillar y trillar en las siestas de enero
las parvas que condensan un espantoso rol:
piras de oro, de diamante y de fuego,
¡lenguas vivas del sol!

Cerro de Arequita

Aunque es esclavo de su cimiento,
funambulesco, paradojal
da una impresión de movimiento
colosal.
(¡Salve, oh cerro violento
de la frente imperial!)

Como un león agazapado,
acecha el valle,
mientras el águila y el venado
se movilizan sobre su talle.
Atrás, sobre sus dos garras traseras
—sin anestesias— las dinamitas
sobre los dientes de sus canteras
revolucionan las malaquitas.

Un alfiler de "Tres Marías"
todas las noches llora en él
sus siderales melancolías
por arrojar en el joyel
de las tres grutas profundas, frías...
sus estrellas de áureas mieles
que con el cerro se asociarían
en formidables cascabeles.

Su vasta amplitud mide la noche
con un "centímetro" de ilusión
cuando en su testa prende un broche,
—áureo y gigante — el Escorpión.

Y a su cabeza, monstruosamente,
da la ilusión que decapita
cuando la luna su hoz luciente
viene a afilar al Arequita.

Sobre el lunado vasto horizonte
agigantándose contra el cielo,
es, más que cerro, león o monte:
gigante cuerda de violoncelo,
de donde saltan como armonías
de una farándula mitológica
el Escorpión, las Tres Marías
embelesadas de paz eglógica.

¡Salve, el cerro violento
de la frente imperial!
Aunque es esclavo de su cimiento,
funambulesco, paradojal,
da una impresión de movimiento,
colosal!

Las cañadas

¡Estas son las cañadas!
Frescas y alegres! Rumorosas
como un idilio de palomas...
Alborotadas
cuando están desbordadas
hacen gárgaras
en el ángulo diedro de las lomas.

Las decoran los berros.
maman su agua entre los cerros
(los cerros con curvas como senos,
por cuya piedra de yesca
como patriarcas serenos
dan su barba de agua fresca.)

Las conocí pescando anguilas
en calcinantes tardes de verano.
Son anchas ¡como un salto!
Tienen sáuces heráldicos.

Las decoran los berros.
Las adoran los pájaros más gáuchos,
y en sus confines,
abren los camalotes
sus hojas en forma de clarines.

INDICE

40 años después 3
Bajo la misma sombra 7

JOSE MARIA CAJARAVILLE

"OTOÑALES" Poesías
Otoñales 11

En memoria
Ya no soy 14
¿Habrá muerto? 15
Tuve un amor 16
¡Quererte! 17
¡Sólo su mano querida! 19
Lo que no dijeron 20
Esas páginas de amor 21
Yo no podré olvidarte 22

Cantos Sintéticos
Concisión 24
Normas 24
Niebla 25
Pesimismo 25

El estro vario
Esa música 27
Caminos 28
Vencido 29
Robusto Sembrador 30
La poesía de los números 31
Tu sonrisa 33
La mañana 34

JUAN JOSE MOROSOLI

"BALBUCEOS" — Versos primeros
Dedicatoria 37
Versos a la cañadita 39
Yo 38
Hormiguita 40
Los Cerros de Minas 41
Recuerdos 42
Si yo tuviera algún día 43
Los Trompos 45
Estábamos en la Plaza 46
El veranillo de San Juan 47
Pedacito de pan 48
Tú, hombre 49
La verdad 51

GUILLERMO CUADRI

"MADRELSEVAS" — Poesías
Ofrenda 54
Sencillas
A la ciudad de Minas 56
Desde mi puerta 57
Del Pueblo 58
Los "Buenos días" 59

Las cañas 60
Los Cardos 61
Carreta de pueblo 63
A una chimenea 64
El tabaco 65
Dueños de la noche 66
Dobles
Versos pueriles 69
El anillo de hierro 71
Cosas viejas 74
Nosotros 75

JULIO CASAS ARAUJO

"VOZ DE SOLEDAD" — Poesías
Voz de Soledad 81
Atardecer poblano 84
Palabras de ser 89
Tres versos de la noche 92

VALERIANO MAGRI

"VERSOS SIMPLES"
Norma 95
Los Talas 95
Hermano 96
Chingolo 97
Plaza del lugar 99
El fogón 101
Siestas 103
Nido de hornero 105
Trigo al sol 106
Cerro de Arequita 107
Las cañadas 109

Se terminó de imprimir en febrero de 1907 en los
talleres del diario LA UNION de la ciudad de Mar...